

FR. ALONSO DE LARREA, O.F.M.

Criollo nativo de Querétaro en donde nació hacia 1604 ó 1605. Falleció dentro de la Provincia de Michoacán después de 1649.

Lector de filosofía y teología, Definidor y primer Provincial criollo dentro de su Orden. "Historiador veraz, exacto y de estilo fluido, claro y conciso", escribió la *Crónica de la Orden de Nuestro Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*, la cual publicó en México en 1643. Fue reimpresa en México en 1882 por *La Voz de México*.

Su *Crónica* es la primera franciscana relativa a Michoacán y una de las más completas, pese a su brevedad.

Escribió varios sermones, entre otros el *Sermón que predicó en la festividad de Santa Clara en su religiosísimo convento del pueblo de Querétaro...* México 1646, en los que se observa el barroquismo que contagió las letras novohispanas en esa centuria.

Parte de su *Crónica* reeditó, con un estudio dedicado a él y a otros cronistas de la michoacana provincia, Federico Gómez de Orozco, *Crónicas de Michoacán*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1940, XVII-212 p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 12).

Fuente: Fr. Alonso de Larrea, O.F.M. *Crónica de la Orden de N. Seráfico P. San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacán en la Nueva España, compuesta por el P. Lector de Teología... de la misma Provincia*. Dedicada a N. P. Fr. Cristóbal Vaz, Ministro Provincial de ella. Año de 1639). [la ed. México por la Viuda de Bernardo Calderón 1643], México, Edición de *La Voz de México*, 1882, XV-488 p., p. 37-46.

ARTE Y CEREMONIAS DE LOS TARASCOS

Una de las cosas que comúnmente celebra este reino entre las muchas que tiene dignas de memoria, es la viveza del ingenio del tarasco; pues no sólo limita su actividad en esta o en aquella materia, si no es tan general en todas, que admira su igualdad. Y así en su política y religión antigua fue tan circunspecto, que no debió nada al establecer sus leyes a Saturno, Lysanias y Radamanto, ni al legislador Licurgo; porque así en la rectitud como en la observancia, se preció de tan severo, que reprendía a los demás con el cumplimiento

de sus leyes; con que su gobierno, repúblicas y templos, fueron los más célebres que repite hoy este Occidente. Y aun en los pocos que han quedado, se ve el antiguo esplendor de sus antepasados: porque es en ella tan nativa la circunspección, que entre todos los de esta tierra se conoce un tarasco, así en la viveza de las palabras, como en la sutileza y disposición de sus negocios. Son eminentes en todos los oficios; de tal manera que sus curiosidades han corrido a todo el mundo con el aplauso general; particularmente en la escultura son tan consumados que confiesa la fama ser la mejor de estas partes. Juntamente, son tan eminentes pintores, con tan linda gala y primor, que todas las iglesias de esta provincia están adornadas de lienzos y láminas hechas de los mismos indios, sin que tengan que envidiar el pincel de Roma. En la fundición, fueron en su antigüedad los inventores de ella; pues sin habérsela enseñado de otra parte, labraban muchas obras como mascarillas y juguetes con que tenían trato con otros reinos. Y así, después de la conquista nuestros frailes, trayéndoles maestros de todos oficios, se consumaron en la fundición, y salieron grandes oficiales de campanas, trompetas y sacabuches; y así es lo mejor de estas Provincias. En los demás oficios salieron perfectísimos con que dieron en hacer de todos géneros muy grandes empleos y atravesar toda la Nueva España; y así está asentado trato general en esta Provincia, de ropa de la tierra, jarcia y otros géneros muy corrientes y necesarios.

Aun no ha hecho pausa el orgullo de su inclinación, sino que corriendo impelida de su natural viveza, inventaron cosas tan singulares como lo han sido las de pluma, cuyo origen apunté en el cap. 6 y cuya fábrica, invención y artificio, sin hinchazón ni pompa, se llevan consigo los encarecimientos que pudiera referir en aquesta Historia. El modo de engarzar las plumas de diversos colores es, que después de haber cortado las plumas en partículas tan pequeñas que cada una parece un punto indivisible, se coje una penca de maguey, y sobre ella con cola muy bien templada, se van organizando todas las plumas, y hacen una iluminación tan vistosa, que parece niegan aquí desvanecidas las galas de su natural coordinación. Cada partícula se pone de por sí, con tanta presteza, como lo apercibe la facultad siguiendo las líneas y círculo del bosquejo sobre que se obra tan exquisito primor. Hácense de este género de iluminación de pluma, imágenes, colgaduras, adargas,

ornamentos, mitras y marlotas, con tan linda vista, que jamás la perspectiva tuvo mejor motivo para olvidar las galas de la primavera.

La pintura de Periban, hasta hoy no imitada se inventó en esta Provincia; y fuera de ser tan vistosa, el barniz es tan valiente que a porfía se deja vencer del tiempo, con la misma pieza en que está pegado, porque siendo natural en todos los colores marchitarse con el uso, perderse y despegarse con las aguas calientes, con los golpes y trasiegos, este de Michoacán no se rinde ni marchita con el tiempo, sino que se hace tan de una pasta con la madera o vaso que dura lo mismo que él. Lo primero que se hace es dar el primer barniz, y dado, seco y dispuesto se abren las labores a punta de acero o buril, dibujando las figuras, misterios o países que quieren, y después van embutiendo los colores, con la división, proporción y correspondencia que ha menester la obra. Hacen excelentes escritorios, cajas, baúles y cestones, tecomates y vasos peregrinos, bateas, jicaras y bufetes, con otras muchas curiosidades.

También son los que dieron al cuerpo de Cristo Señor Nuestro la más viva representación que han visto los mortales. Y si no díganlo las hechuras de los Cerdas, cuyo primor en alas de la fama, llegó primero a gozar la estimación en toda la Europa que los encarecimientos de esta humilde historia. Y aunque el ejemplar de la efigie lo tuvieron los tarascos, (claro está) de los ministros evangélicos, el hacerla de una pasta tan ligera y tan capaz para darle el punto, ellos son los inventores. Porque cogen la caña del maíz y le sacan el corazón, que es a modo de corazón de cañaja, pero más delicado, y moliéndolo, se hace una pasta con un género de engrudo que ellos llaman tatzingueni, tan excelente, que se hacen de ella las famosas hechuras de Cristos de Michoacán, que fuera de ser tan propios y con tan lindos primores, son, tan ligeros que siendo de dos varas, al respecto pesan lo que pesaran siendo de pluma y así han sido y son las hechuras más estimadas que conocen. Y entre todas estas grandezas tienen también su lugar el haberse hecho por tarascos algunos órganos, todos de palo, con flautas y misturas sin que ellos haya más que maderas, con tan lindas voces, como el mejor de estaño; como se ven hoy algunos en esta Provincia, admirando el oírlos con tan lindas consonancias.

El modo que observó el tarasco en la oblación de sus sacrificios, fue el ordinario que guardaron todos los indios en sus reinos y ofrecerlos al dios cuyo auxilio imploraban. Si de fuego, agua y buenos temporales, de cada cosa de estas tenían su titular, y a él le hacían deprecación, la cual se hacía en la cumbre de un monte, donde tenían al principal ídolo; y barrido, limpio, y dispuesto todo el lugar que ocupaba de él (atrio triste de tan infernal costumbre), se abrían por mitad del pecho los miseros sacrificados, y sacándoles los corazones calientes los ofrecían.

El ídolo principal y único (que no tuvieron otro los tarascos) estuvo en el pueblo de Tzacapu, metrópoli de Michoacán y matriz de su grandeza, como Roma de todo el mundo; cuyo templo estaba en la cima de un monte, que sus faldas vienen a ser vecinas del mismo pueblo. En este templo estaba el sumo sacerdote, a quien, del rey abajo, veneraban con tan gran respeto, que jamás se permitió que hubiese otros inferiores: porque tan grande dignidad, con hacerla común, llegara a no ser estimada de la plebe, que es la que de ordinario profana lo soberano del sacerdocio. Y así el sumo sacerdote Curicaveri (que así se llamaba) era tan venerado que el rey le vistaba y hablaba de rodillas visitándole cada año, y el vistarle era irle a pagar las primicias, y después del rey iban haciendo, lo mismo los grandes señores, y tras éstos los demás del reino, conforme el posible de cada uno.

El modo que se guardaba en la oblación de las provincias era que el rey (a quien el mexicano llamó el gran Calzontzi, que quiere decir el calzado con cacle, porque siendo costumbre que todos los reyes tributarios al emperador, en señal de su obediencia, se descalzasen para verle, el de Michoacán, como no fue su tributario, ni su inferior, se calzaba como él, y así le llamaban el gran Calzontzi) para ofrecer la primicia, Llegado el tiempo salía de su palacio de la ciudad de Tzintzuntzan y se embarcaba en su gran laguna y caminando al pueblo de Tzirindaro, que son dos leguas de navegación se desembarcaba en él y de aquí a donde estaba el sumo sacerdote, que son cinco leguas, las caminaba por una calzada de piedra admirable, que hoy se ve limpia y aseada como hecha solo para los pueblos reales. Llegado, besaba de rodillas la mano del gran sacerdote, y ofrecíale las primicias en donativos como de su real grandeza. Y luego sacrificaba al ídolo lo que les parecía en señal de rendimiento, reconociendo en

él la autoridad de su dios, y en el sumo sacerdote la misma, como quien estaba en su lugar. Tras el rey, se iban siguiendo los señores, caballeros y demás estados, ofreciendo cada uno según el posible de su caudal.

El ídolo era grandísimo y con particulares adornos, ceremonias del engaño e ilusiones del demonio con que los tenía tan ciegos, que de cada joya colgaban racimos de condenados, que eran los que morían en sacrificio de su falsedad. En la desolación de esta idolatría quedó enterrado en la cumbre donde estaba, y con las presuras del acabamiento todas sus joyas y ornamentos, quedaron sembrados por aquel espacio. Un vecino del mismo pueblo, movido de este cuidado y llevado de la curiosidad se fue a la cumbre, templo famoso de este dios y vagueando su contorno halló tres platoncillos de plata, como unas patenas, aunque mayores, labrados con el primor de ellas, y según algunas tradiciones, eran los que tenía el ídolo en las orejas y narices: el sentido y significación no se sabe. Y de este ejemplar usaron generalmente los tarascos: agujerarse las orejas y las narices lo cual hacían en Araró que significa lo mismo. El cual lugar, que es el de unos baños calientes, está junto al pueblo de Tzinapécuaro, donde se hacían otros muy particulares que por faltar con el tiempo las relaciones no los escribo: solo me contento con referir la veneración del tarasco al sumo sacerdote, la frecuentación del templo y puntualidad en pagar las primicias a su dios a quien juzgaban por autor y principio de sus bienes.